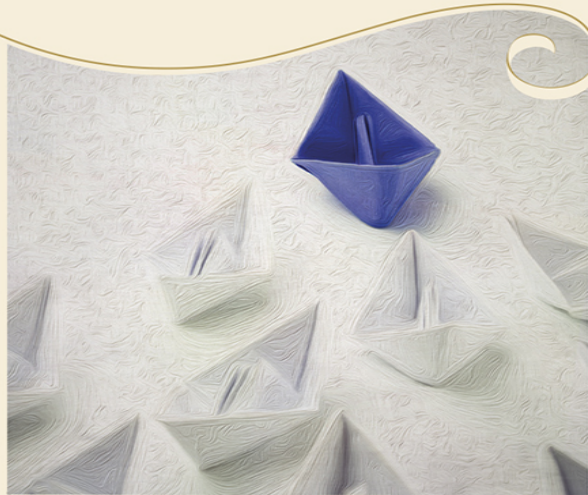


BIBLIOTECA
del HOGAR
CRISTIANO

PRINCIPIOS PARA LÍDERES CRISTIANOS



ELENA G. de WHITE

Principio para líderes cristianos

Elena G. de White



Gral. José de San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste, Buenos Aires, Rep.
Argentina.

Índice de contenido

Tapa

Prólogo

Parte 1 - Consejos generales sobre el liderazgo en la iglesia

- 1 - Cristo y su iglesia
- 2 - Estructura organizativa y conducta
- 3 - Unidad en creencias y en acción
- 4 - El dirigente que Dios busca

Parte 2 - Consejos para puestos específicos

- 5 - La Asociación General y su presidente
- 6 - Los presidentes de asociación
- 7 - Los pastores, guardianes del rebaño
- 8 - Los miembros de juntas y consejos

Parte 3 - Consejos para las organizaciones de la iglesia

- 9 - Instituciones de Dios
- 10 - Cómo administrar el dinero de Dios
- 11 - Relaciones entre los obreros
- 12 - Vida personal de un dirigente de la iglesia
- 13 - La iglesia triunfante de Cristo

Principios para líderes cristianos

Elena G. de White

Título del original: *Principles for Christian Leaders*

Dirección: Claudia Blath

Traducción: Juan Fernando Sánchez

Diseño: Carlos Schefer

Ilustración de la tapa: Shutterstock (Banco de imágenes)

Primera edición, e - Book

MMXX

IMPRESO EN LA ARGENTINA

Printed in Argentina

Es propiedad. © The Ellen White Estate, Inc. (2018). © ACES (2020).

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

ISBN 978-987-798-188-9

White, Elena G. de

Principios para líderes cristianos / Elena G. de White / Dirigido por Claudia Blath. - 1ª ed.- Florida : Asociación Casa Editora Sudamericana, 2020.

Libro digital, EPUB

Archivo digital: Online

Traducción de: Juan Fernando Sánchez.

ISBN 978-987-798-188-9

1. Vida cristiana. 2. Líderes religiosos. I. Blath, Claudia, dir. II. Sánchez, Juan Fernando, trad. III. Título.

CDD 253.5

Publicado el 28 de mayo de 2020 por la Asociación Casa Editora Sudamericana
(Gral. José de San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste, Buenos Aires).

Tel. (54-11) 5544-4848 (Opción 1) / Fax (54) 0800-122-ACES (2237)

E-mail: ventasweb@aces.com.ar

Web site: editorialaces.com

Prohibida la *reproducción total o parcial* de esta publicación (texto, imágenes y diseño), su manipulación informática y transmisión ya sea electrónica, mecánica, por fotocopia u otros medios, sin permiso previo del editor.

Prólogo

El gran movimiento llamado la iglesia es el vehículo principal de Dios para impartir a los perdidos el gran mensaje del evangelio de salvación en Jesucristo. Mucho más que una mera colección de hermosos edificios o de individuos con ideas afines, se trata de un instrumento de Dios para la proclamación de la verdad y para compartir el amor de Cristo con el mundo. Elena de White lo captó bien cuando escribió: “Una iglesia, separada y diferenciada del mundo, es a ojos del Cielo el objeto supremo en toda la tierra” (*Carta 26*, 1900).

Con el paso de los siglos, fieles testigos han esparcido el evangelio entre la humanidad por todos los rincones del globo. Desde sus humildes comienzos en la década de 1840, la Iglesia Adventista del Séptimo Día ha abrazado el llamado profético a proclamar al mundo el evangelio eterno de los mensajes de los tres ángeles de Apocalipsis 14; solemne responsabilidad de amor y preocupación, única en la cristiandad. Esta misión sagrada ha supuesto un desafío para los miembros y los dirigentes por igual. En los primeros días del movimiento, los pioneros se esforzaron por conseguir recursos y disponer de métodos para la difusión del mensaje. Primitivas imprentas y ministros itinerantes estaban a la orden del día, pero más adelante llegarían tiempos mejores.

En la década de 1860, las presiones internas y externas, junto con el crecimiento de las diferentes áreas del ministerio, condujeron a la primera gran organización de la Iglesia Adventista. También en ese contexto se le puso nombre y se estableció su estructura general. La expansión numérica, geográfica e institucional forzó a una amplia reorganización entre 1901 y 1903. Aquellos fueron

momentos delicados para una iglesia en proceso de maduración, pero Dios la guiaba a ella y a sus dirigentes por medio de los principios bíblicos revelados a través de los escritos y percepciones proféticas de Elena de White.

Los consejos de Elena de White para líderes cristianos abarcan todo el espectro de la experiencia y la práctica. En ellos, se muestra preocupada por el carácter, la familia, el compromiso y la competencia del dirigente. Escribió de manera convincente acerca de la sólida gestión y de los peligros de emular las prácticas administrativas del mundo. Su visión de la misión de la iglesia era de alcance internacional pero de aplicación local. Escribió a presidentes y pastores, directores y supervisores, llamando siempre a los dirigentes a cumplir la norma divina de fidelidad y de orden para su iglesia remanente.

El volumen que estás a punto de leer contiene algunos pasajes que los ávidos lectores de Elena de White ya conocerán, pero hasta ahora no existía un compendio tan exhaustivo de los consejos y principios por los cuales Dios trató de desarrollar y guiar a la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Se han provisto fechas para cada cita a fin de ayudar al lector a situar los consejos en su contexto histórico para su adecuada aplicación. Esperamos que *Principios para líderes cristianos* refuerce la labor de quienes tratan de adelantar el día en que venga Cristo a recoger a sus redimidos.

Junta de Fideicomisarios del

Patrimonio White

Silver Spring, Maryland

Parte 1

Consejos generales sobre el liderazgo en la iglesia

1

Cristo y su iglesia

Cristo, el Buen Pastor

La vida de diligencia y cuidado del pastor, y su tierna compasión por las criaturas desvalidas confiadas a su custodia, han servido a los escritores inspirados para ilustrar algunas de las verdades más preciosas del evangelio. Así se compara a Cristo, en su relación con su pueblo, con un pastor. Después de la caída del hombre él vio a sus ovejas condenadas a perecer en las sendas tenebrosas del pecado. Para salvar a esas descarriadas, dejó los honores y la gloria de la casa de su Padre. Dice: “Yo buscaré la perdida, y haré volver al redil la descarriada, vendaré la perniquebrada, y fortaleceré la débil... Yo salvaré a mis ovejas, y nunca más serán para rapiña... ni las fieras de la tierra las devorarán”. Se oye su voz que las llama a su redil: “Y habrá un abrigo para sombra contra el calor del día, para refugio y escondedero contra el turbión y contra el aguacero”. Su cuidado por el rebaño es incansable. Fortalece a las ovejas débiles, libra a las que sufren, reúne los corderos en sus brazos, y los lleva en su seno. Sus ovejas le aman. “Mas al extraño no seguirán, sino huirán de él, porque no conocen la voz de los extraños” (Eze. 34:16, 22, 28; Isa. 4:6; Juan 10:5).

Cristo dice: “El buen pastor su vida da por las ovejas. Mas el asalariado, y que no es el pastor, de quien no son propias las ovejas, ve venir al lobo y deja las ovejas y huye, y el lobo arrebató las ovejas y las dispersa. Así que el asalariado huye, porque es asalariado, y no le importan las ovejas. Yo soy el buen pastor; y conozco mis ovejas, y las mías me conocen” (Juan 10:11-14).

Cristo, el Pastor jefe, ha confiado el rebaño a sus ministros como subpastores; y les manda que tengan el mismo interés que él manifestó, y que sientan la misma santa responsabilidad por el cargo que les ha confiado. Les ha mandado solemnemente ser fieles, apacentar el rebaño, fortalecer a los débiles, animar a los que desfallecen y protegerlos de los lobos rapaces.-*Patriarcas y profetas*, pp. 188, 189 (1890)¹.

El objeto de la suprema consideración de Cristo

Testifico a mis hermanos y hermanas que la iglesia de Cristo, por más debilitada y defectuosa que pueda ser, es el único objeto en la Tierra al cual él concede su suprema consideración. Mientras el Señor extiende a todo el mundo su invitación de ir a él y ser salvo, comisiona a sus ángeles para prestar ayuda divina a toda alma que acude a él con arrepentimiento y contrición, y él se manifiesta personalmente a través de su Espíritu Santo en medio de su iglesia.-*General Conference Daily Bulletin*, 17 de febrero de 1893; *Testimonios para los ministros*, p. 37.

Una iglesia separada y distinta del mundo es, en la estima del Cielo, el objeto de más valor en toda la Tierra.-*Carta 26*, 15 de febrero de 1900; *Mensajes selectos*, t. 3, p. 19.

La iglesia es propiedad de Dios, y Dios la recuerda constantemente mientras está en el mundo, sujeta a las tentaciones de Satanás. [...] No olvida a su pueblo que lo representa, que está luchando para exaltar su ley pisoteada. [...]

Jesús ve su iglesia verdadera en la Tierra, cuya mayor ambición es cooperar con él en la grandiosa obra de salvar almas. Oye sus oraciones presentadas con contrición y poder, y la Omnipotencia no puede resistir sus ruegos por la

salvación de cualquier miembro probado y tentado del cuerpo de Cristo. [...] Jesús vive siempre para interceder por nosotros. ¿Qué bendiciones no recibirás, a través de nuestro Redentor, el creyente verdadero? La iglesia, que está por entrar en su más severo conflicto, será el objeto más querido por Dios en la Tierra. La confederación del mal será agitada con un poder infernal, y Satanás arrojará todo el oprobio posible sobre los escogidos a quienes no puede engañar ni alucinar con sus invenciones y falsedades satánicas. Pero el exaltado “por Príncipe y Salvador, para dar a Israel arrepentimiento y perdón de pecados” [Hech. 5: 31] -Cristo, nuestro representante y nuestra cabeza-, ¿cerrará su corazón, o retirará su mano, o frustrará su promesa? No; nunca, jamás.-*Review and Herald*, 17 de octubre de 1893; *Testimonios para los ministros*, pp. 41, 42.

No nos preocupamos. La causa es del Señor; él está a bordo de la nave como Capitán, y guiará nuestra embarcación hasta el puerto. Nuestro Señor puede dominar los vientos y las olas. Nosotros solo somos sus obreros, para obedecer sus órdenes; lo que él diga, eso haremos. No tenemos por qué estar ansiosos ni preocupados. Nuestra confianza está en Dios. El Señor envía sus más ricos dones de raciocinio y buen juicio a quienes lo aman y guardan sus mandamientos. De ninguna manera ha abandonado a su pueblo que trabaja en sus filas.-*Carta 121*, 13 de agosto de 1900.

No es el poder que emana del hombre el que da éxito a la obra, sino que el poder de los seres celestiales que cooperan con los agentes humanos lleva la obra a la perfección. Un Pablo puede plantar y un Apolo regar, pero es Dios el que da el crecimiento. El hombre no puede hacer la parte de Dios ni la obra. Como agente humano, puede cooperar con los seres celestiales, y con sencillez y humildad hacer lo mejor que pueda, comprendiendo que

Dios es el gran Artífice Maestro. Aunque los obreros mueran, la obra no cesará, sino que será llevada a su terminación.- *Review and Herald*, 14 de noviembre de 1893; *Servicio cristiano*, p. 322.

El sistema más completo que los hombres hayan concebido jamás, si está privado del poder y la sabiduría de Dios, resultará en fracaso, pero tendrán éxito los métodos menos promisorios cuando sean divinamente ordenados, y ejecutados con fe y humildad. [...] Todo el cielo espera que pidamos sabiduría y fortaleza. Dios “es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos” (Efe. 3:20).-*Patriarcas y profetas*, p. 596 (1890).

¿Por qué tener una iglesia?

¿Por qué los creyentes se constituyen como iglesia? Porque por este medio Cristo quiere aumentar su utilidad en el mundo y fortalecer su influencia personal para el bien.- *Carta 26*, 15 de febrero de 1900; *Mensajes selectos*, t. 3, p. 18.

La iglesia es el medio señalado por Dios para la salvación de los hombres. Fue organizada para servir, y su misión es la de anunciar el evangelio al mundo. Desde el principio fue el plan de Dios que su iglesia reflejase al mundo su plenitud y suficiencia. Los miembros de la iglesia, los que han sido llamados de las tinieblas a su luz admirable, han de revelar su gloria. La iglesia es la depositaria de las riquezas de la gracia de Cristo; y mediante la iglesia se manifestará con el tiempo, aún a “los principados y potestades en los cielos” (Efe. 3:10), el despliegue final y pleno del amor de Dios.-*Los hechos de los apóstoles*, p. 9 (1911).

Los miembros son una familia.-Los creyentes deben brillar como luces en el mundo. Una ciudad asentada sobre una colina no se puede esconder. Una iglesia separada y distinta del mundo es, en la estima del Cielo, el objeto de más valor en toda la Tierra. Los miembros deben comprometerse a estar separados del mundo, consagrándose al servicio de un solo maestro, Cristo Jesús. Deben revelar que han escogido a Cristo como su director... La iglesia debe ser lo que Dios ordenó que fuera: un representante de la familia de Dios en otro mundo.-*Carta 26*, 15 de febrero de 1900; *Mensajes selectos*, t. 3, p. 19.

La iglesia es la sociedad cristiana formada por los miembros que la componen, para que cada uno goce de la ayuda de todas las gracias y talentos de los demás miembros, y también de la operación de Dios en su favor, de acuerdo con los diversos dones y habilidades que Dios les concedió. La iglesia está unida en los sagrados vínculos del compañerismo con el fin de que cada miembro se beneficie de la influencia de los demás. Todos deben unirse al pacto de amor y armonía que existe. Los principios y las gracias cristianas de toda la sociedad de creyentes han de comunicar fortaleza y poder en una acción armoniosa. Cada creyente debe beneficiarse y progresar por la influencia refinadora y transformadora de las variadas capacidades de otros miembros, para que las cosas que falten en uno puedan ser más abundantemente desplegadas en otro. Todos los miembros deben acercarse el uno al otro, para que la iglesia llegue a ser un espectáculo ante el mundo, ante los ángeles y ante los hombres.-*Carta 26*, 15 de febrero de 1900; *ibíd.*, pp. 17, 18.

El cuerpo del Señor.-Dios está tratando de hacer de su iglesia la prolongación de la encarnación de Cristo. Los ministros del evangelio son los pastores adjuntos, Cristo es el Pastor divino. Los miembros de la iglesia son los

instrumentos por medio de los cuales obra Dios. Su iglesia se alzar a destacadamente. Es el cuerpo del Señor.-*Carta* 121, 13 de agosto de 1900.

El Señor ha provisto a su iglesia de talentos y bendiciones para que pueda presentar ante el mundo una imagen de la suficiencia de Dios, para que su iglesia sea completa en él, una constante ejemplificación de otro mundo, el mundo eterno, [un mundo] de leyes superiores a las leyes terrenas. Su iglesia ha de ser un templo erigido a la semejanza divina, y el arquitecto angelical ha traído del Cielo su  urea vara de medir, para que cada piedra pueda ser labrada y escuadrada según la medida divina y pulida para brillar como un emblema del Cielo, irradiando en todas direcciones los rayos brillantes y claros del Sol de Justicia. La iglesia debe ser alimentada con el man  celestial y guardada bajo la exclusiva custodia de su gracia, y entrar en su conflicto final vestida con la completa armadura de luz y justicia. [Entonces] la escoria, el material inútil, será consumida, y la influencia de la verdad testificar  ante el mundo de su carácter santificador y ennoblecedor.-*General Conference Daily Bulletin*, 27 de febrero de 1893; *Testimonios para los ministros*, pp. 39, 40.

Funciones principales de la iglesia

Reflejar el amor de Cristo.-La persona que cree en Jesucristo como su Salvador personal debe ser un obrero colaborador suyo, ligado a su corazón de amor infinito, trabajando con él en acciones de abnegación y benevolencia. [...]

Cristo se ha separado de la tierra, pero sus seguidores todavía quedan en el mundo. Su iglesia, constituida por los que lo aman, debe ser en palabra y acción, en su amor desinteresado y benevolencia, una representación del amor

de Cristo. Al practicar la abnegación y llevar la cruz, han de ser el medio para implantar el principio del amor en el corazón de aquellos que no están relacionados con el Salvador por un conocimiento experimental.-*Manuscrito 32*, 16 de abril de 1901; *El ministerio médico*, p. 431.

Cristo ha dado a su iglesia abundantes medios con el fin de poder recibir ingente rédito de gloria de su posesión comprada y redimida. La iglesia, dotada con la justicia de Cristo, es su depositaria, en la cual las riquezas de su misericordia, su amor y su gracia han de aparecer en su manifestación plena y final. -*General Conference Daily Bulletin*, 27 de febrero de 1893; *Testimonios para los ministros*, p. 40.

Vindicar la ley de Dios.-Dios tiene agentes designados divinamente: hombres a quienes está guiando, que han soportado el calor y la carga del día, que están cooperando con los instrumentos celestiales en hacer progresar el reino de Dios en nuestro mundo. Únanse todos a estos agentes escogidos, y sean hallados al fin entre quienes poseen la paciencia de los santos, guardan los mandamientos de Dios y tienen la fe de Jesús.-*Review and Herald*, 12 de septiembre de 1893; *ibíd.*, p. 76.

Proclamar la verdad al mundo.-Dios ha llamado a su iglesia en este tiempo, como llamó al antiguo Israel, para que se destaque como luz en la tierra. Por la poderosa cuña de la verdad -los mensajes de los ángeles primero, segundo y tercero-, la ha separado de las iglesias y del mundo para colocarla en sagrada proximidad a sí mismo. La ha hecho depositaria de su ley, y le ha confiado las grandes verdades de la profecía para este tiempo. Como los santos oráculos confinados al antiguo Israel, son un sagrado cometido que ha de ser comunicado al mundo.-*Testimonios para la iglesia*, t. 5, p. 431 (1885).

La iglesia de Cristo es la agencia de Dios para la proclamación de la verdad y recibe el poder de él para llevar a cabo una obra especial; y si ella es fiel al Señor y obediente a sus mandamientos, morará en ella la excelencia del poder divino. Si ella honra al Señor Dios de Israel, no hay poder que pueda ponerse en su contra. Si ella es fiel a su cometido, las fuerzas del enemigo serán incapaces de vencerla, así como el tamo no puede resistir al torbellino.- *Ibíd.*, t. 8, p. 18 (1904).

Todos los que aceptan a Cristo deben disponerse a trabajar por quienes están muertos en sus delitos y pecados. Dondequiera se haya proclamado la verdad y despertado y convertido a la gente, los creyentes deben unirse sin demora para practicar la caridad. Dondequiera se haya presentado la verdad bíblica, debe establecerse la obra de la piedad práctica. En todos los lugares donde se haya establecido una iglesia, debe hacerse obra misionera para los desamparados y sufrientes. -*Ibíd.*, t. 6, p. 91 (1900).

Vivimos actualmente en las escenas finales de la historia de este mundo. Que los hombres tiemblen al percatarse de la responsabilidad de conocer la verdad. El mundo está llegando a su fin. La consideración correcta de todas estas cosas inducirá a todos a consagrar a su Dios cuanto tienen y cuanto son... Recae sobre nosotros la grave responsabilidad de amonestar a un mundo con respecto a su condenación venidera. De todas partes, de lejos y de cerca, nos llegan pedidos de ayuda. La iglesia, piadosamente consagrada a la obra, debe llevar este mensaje al mundo: "Vengan al banquete del evangelio; la cena está preparada, vengan".- *Review and Herald, 23 de julio de 1895; El evangelismo*, p. 16.

La iglesia tiene por delante el amanecer de un día esplendoroso y glorioso, siempre y cuando se vista con la

cota de la justicia de Cristo, apartándose de toda alianza con el mundo. - *Testimonios para la iglesia*, t. 8, p. 19 (1904).

Vuelvan al Señor, prisioneros de la esperanza. Busquen fortaleza en Dios, en el Dios viviente. Muestren una fe humilde e inquebrantable en su poder y en su voluntad de salvar. [...] Cuando con fe nos aferremos a su poder, él cambiará, de manera maravillosa, las perspectivas más desesperadas y desalentadoras. Así lo hará para gloria de su nombre.

Dios pide a sus fieles, a los que creen en él, que dirijan palabras de ánimo a las personas afectadas por la falta de fe y la desesperación.- *Carta* 199, 8 de septiembre de 1903.

Cuidar de niños y jóvenes.-Dedique la iglesia un cuidado especial a los corderos del rebaño, ejerciendo toda influencia de que sea capaz para conquistar el amor de los niños y vincularlos con la verdad. Los pastores y los miembros de la iglesia deben secundar los esfuerzos que hacen los padres para conducir a los niños por sendas seguras. El Señor está llamando a los jóvenes, porque quiere hacer de ellos auxiliares suyos que presten buen servicio bajo su bandera.- *Review and Herald*, 25 de octubre de 1892; *El hogar cristiano*, pp. 310, 311.

Las iglesias de diferentes localidades deben sentir que pesa sobre ellas una solemne responsabilidad referente a la preparación de jóvenes talentosos que se dediquen a la obra misionera. Cuando se vea que hay en la iglesia personas promisorias que pudieran desarrollarse como obreros de provecho, pero que no pueden sufragar sus gastos escolares, se debería asumir la responsabilidad de enviarlos a alguna de nuestras escuelas preparatorias. Existen en las iglesias excelentes talentos que es necesario

aprovechar. Hay personas que prestarían un buen servicio en la viña del Señor, pero que son demasiado pobres para obtener, sin ninguna ayuda, la educación que necesitan. Las iglesias debieran considerar un privilegio contribuir a costear los gastos de tales personas.- *Testimonios para la iglesia*, t. 6, pp. 216, 217 (1900).

Compartir la literatura que contiene la verdad.-Si hay una tarea más importante que otra es la de presentar al público nuestras publicaciones, induciendo así a las personas para que investiguen en las Escrituras. La labor misionera -la presentación de nuestras publicaciones a las familias, la conversación y la oración con y por ellas- es una buena tarea que educará a los hombres y las mujeres para la labor pastoral. -*Ibíd.*, t. 4, p. 383 (1880).

Cuando los miembros de la iglesia comprendan la importancia de la difusión de nuestras publicaciones, dedicarán más tiempo a esta tarea. Introducirán periódicos, folletos y libros en los hogares de la gente para predicar el evangelio de maneras diversas. [...] La iglesia debe prestar atención a la obra de colportaje. Esta es una de las maneras en que ha de brillar en el mundo. Entonces aparecerá “hermosa como la luna, radiante como el sol, imponente como ejércitos en orden de batalla” (Cant. 6:10).- *Manuscrito 113*, 4 de noviembre de 1901.

Apoyar la obra misionera.-El manifestar un espíritu generoso y abnegado para con el éxito de las misiones en el extranjero es una manera segura de hacer progresar la obra misionera en el país propio; porque la prosperidad de la obra que se haga en él depende en gran parte, después de Dios, de la influencia refleja que tiene la obra evangélica hecha en los países lejanos. Es al trabajar para suplir las necesidades de otros como ponemos nuestras almas en contacto con la Fuente de todo poder. El Señor ha tomado

nota de toda fase del celo misionero manifestado por su pueblo en favor de los campos extranjeros. Él quiere que en todo hogar, en toda iglesia, en todos los centros de la obra, se manifieste un espíritu de generosidad mandando ayuda a los campos extranjeros, donde los obreros están luchando contra grandes dificultades para dar la luz a los que moran en tinieblas.-*Obreros evangélicos*, p. 478 (1915).

Atención a los pobres.-Se nos ordena que “hagamos bien a todos, y mayormente a los de la familia de la fe” (Gál. 6:10). En nuestra obra de benevolencia debiera ofrecerse ayuda especial a los que, por la presentación de la verdad, estén convencidos y convertidos. Debemos preocuparnos de las personas que tienen el valor de aceptar la verdad, de quienes pierden sus ocupaciones y se les niega trabajo para sostener a sus familias. Se debe hacer provisión para ayudar al pobre digno y proveer empleo para aquellos que aman a Dios y guardan sus mandamientos. No hay que dejarlos desamparados ni que lleguen a la conclusión de que deben trabajar en sábado o morir de hambre. Los que se ponen de parte del Señor deben ver en los adventistas del séptimo día a un pueblo generoso, abnegado y sacrificado, que alegremente y de buen agrado presta servicio a sus hermanos en necesidad. El Señor se refiere especialmente a esta clase de gente cuando dice “que a los pobres errantes albergues en casa” (Isa. 58:7).-*Testimonios para la iglesia*, t. 6, p. 91 (1900).

Dondequiera que se establezca una iglesia, sus miembros deben hacer una obra fiel por los creyentes menesterosos. Pero no deben parar ahí. Deben ayudar también a otros, sin tener en cuenta su fe. Como resultado de un esfuerzo tal, algunos de estos recibirán las verdades especiales para este tiempo.-*Ibíd.*, t. 6, p. 273 (1900).

Buscar la guía del Espíritu Santo.-Justamente antes que Jesús dejara a sus discípulos para ir a las mansiones celestiales, los animó con la promesa del Espíritu Santo. Esta promesa nos pertenece a nosotros tanto como a ellos y, sin embargo, ¡cuán raramente se presenta ante el pueblo o se habla de su recepción en la iglesia! Como consecuencia del silencio sobre este importantísimo asunto, ¿de qué promesa sabemos menos, por su cumplimiento real, que acerca de esta rica promesa del don del Espíritu Santo, mediante el cual será eficaz toda nuestra labor espiritual? La promesa del Espíritu Santo es mencionada por casualidad en nuestros discursos, es tocada en forma incidental, y eso es todo. Las profecías han sido tratadas exhaustivamente, las doctrinas han sido expuestas; pero lo que es esencial para la iglesia a fin de que crezca en fortaleza y eficiencia espiritual, para que la predicación sea acompañada por la convicción, y las almas sean convertidas a Dios, ha sido mayormente excluido del esfuerzo ministerial. Este tema ha sido puesto a un lado, como si algún tiempo futuro hubiera sido reservado para su consideración. Otras bendiciones y privilegios han sido presentados ante nuestro pueblo hasta despertar en la iglesia el deseo de conseguir la bendición prometida por Dios; pero ha quedado la impresión de que el don del Espíritu Santo no es para la iglesia ahora, sino que en algún tiempo futuro sería necesario que la iglesia lo recibiera.

Esta bendición prometida, reclamada por la fe, traería todas las demás bendiciones en su estela, y ha de ser dada liberalmente al pueblo de Dios. Por medio de los astutos engaños del enemigo las mentes de los hijos de Dios parecen incapaces de comprender las promesas divinas y de apropiarse de ellas. Parecen pensar que únicamente los más pequeños chaparrones de la gracia han de caer sobre el alma sedienta. El pueblo de Dios se ha acostumbrado a pensar que debe confiar en sus propios esfuerzos, que poca

ayuda ha de recibirse del cielo; y el resultado es que tiene poca luz para comunicar a otras almas que mueren en el error y la oscuridad. La iglesia por mucho tiempo se ha contentado con una mínima medida de la bendición de Dios; no ha sentido la necesidad de reclamar los elevados privilegios comprados para ella a un costo infinito. Su fuerza espiritual ha sido escasa; su experiencia, restringida y mutilada; y se halla inhabilitada para la obra que el Señor quiere que haga. No está en condiciones de presentar las grandes y valiosas verdades de la santa Palabra de Dios que convencerían y convertirían a las almas mediante la intervención del Espíritu Santo. Dios espera que la iglesia pida y reciba su poder. Recogerán una cosecha de gozo los que siembran la santa semilla de la verdad. “Irá andando y llorando el que lleva la preciosa semilla, pero al volver vendrá con regocijo trayendo sus gavillas” (Sal. 126:6).- *Special Testimony to Our Ministers*, nº 2, pp. 23, 24 (1892).

Cuando el mensaje del tercer ángel se presente en voz alta [y] toda la tierra sea iluminada con la gloria [de Dios], el Espíritu Santo será derramado sobre su pueblo. El depósito de gloria se ha estado acumulando para esta obra final del mensaje del tercer ángel. De las oraciones que se han elevado para el cumplimiento de la promesa -la del descenso del Espíritu Santo-, ni una sola se ha perdido. Se han guardado todas ellas, listas para desbordarse y verter por todo el mundo un torrente sanador de influencia celestial y de luz acumulada.-*Carta 96a*, 19 de julio de 1899.

La mayor y más urgente de todas nuestras necesidades es la de un reavivamiento de la verdadera piedad en nuestro medio. Procurarlo debiera ser nuestra primera obra. Debe haber esfuerzos fervientes para obtener las bendiciones del Señor, no porque Dios no esté dispuesto a conferirnos sus bendiciones, sino porque no estamos preparados para

recibir las. Nuestro Padre celestial está más dispuesto a dar su Espíritu Santo a los que se lo piden que los padres terrenales a dar buenas dádivas a sus hijos. Sin embargo, mediante la confesión, la humillación, el arrepentimiento y la oración ferviente nos corresponde cumplir con las condiciones en virtud de las cuales ha prometido Dios concedernos su bendición. Solo en respuesta a la oración debe esperarse un reavivamiento. - *Review and Herald*, 22 de marzo de 1887; *Mensajes selectos*, t. 1, p. 147.

Pero cerca del fin de la siega de la tierra se promete una concesión especial de gracia espiritual, para preparar a la iglesia para la venida del Hijo del hombre. Este derramamiento del Espíritu se compara con la caída de la lluvia tardía; y en procura de este poder adicional, los cristianos han de elevar sus peticiones al Señor de la mies “en la sazón tardía”. En respuesta, “Jehová hará relámpagos, y les dará lluvia abundante” (Zac. 10:1). - *Los hechos de los apóstoles*, p. 45 (1911).

¹ Para una mejor contextualización de los textos del Espíritu de Profecía, la fecha ofrecida en la referencia de cada cita es la del original en inglés, aunque la versión en español aquí reproducida o traducida sea de fecha posterior.

2

Estructura organizativa y conducta

La iglesia del Antiguo Testamento

Son solemnes las responsabilidades que descansan sobre quienes son llamados a actuar como dirigentes de la iglesia de Dios en la tierra. En los días de la teocracia, cuando Moisés estaba empeñado en llevar solo cargas tan gravosas que pronto lo agotarían bajo su peso, Jetro le aconsejó que planeara una sabia distribución de las responsabilidades. “Está tú por el pueblo delante de Dios -le aconsejó Jetro-, y somete tú los negocios a Dios. Y enseña a ellos las ordenanzas y las leyes, y muéstrales el camino por donde anden, y lo que han de hacer”. Jetro aconsejó además que se escogieran hombres para que actuaran como “caporales sobre mil, sobre ciento, sobre cincuenta y sobre diez”. Estos habían de ser “varones de virtud, temerosos de Dios, varones de verdad, que aborrezcan la avaricia”. Ellos habían de juzgar “al pueblo en todo tiempo”, aliviando así a Moisés de la agotadora responsabilidad de prestar atención a muchos asuntos menores que podían ser tratados con sabiduría por ayudantes consagrados.

El tiempo y la fuerza de quienes en la Providencia de Dios han sido colocados en los principales puestos de responsabilidad en la iglesia deben dedicarse a tratar los asuntos más graves que demandan especial sabiduría y grandeza de ánimo. No es plan de Dios que a tales hombres se les pida que resuelvan los asuntos menores que otros están bien capacitados para tratar. [...]

De acuerdo con este plan, “escogió Moisés varones de virtud del pueblo de Israel, y los puso por cabezas sobre el pueblo, caporales sobre mil, sobre ciento, sobre cincuenta, y sobre diez. Y juzgaban al pueblo en todo tiempo: el negocio arduo lo traían a Moisés, y ellos juzgaban todo negocio pequeño” (Éxo. 18:19-26).

Más tarde, al escoger setenta ancianos para que compartieran con él las responsabilidades de la dirección, Moisés tuvo cuidado de escoger como ayudantes suyos hombres de dignidad, de sano juicio y de experiencia. [...]

El rey David, hacia el fin de su reinado, hizo un solemne encargo a quienes dirigían la obra de Dios en su tiempo. Convocando en Jerusalén “a todos los principales de Israel, los príncipes de las tribus, y los jefes de las divisiones que servían al rey, los tribunos y centuriones, con los superintendentes de toda la hacienda y posesión del rey, y sus hijos, con los eunucos, los poderosos, y todos sus hombres valientes”, el anciano rey les ordenó solemnemente, “delante de los ojos de todo Israel, congregación de Jehová, y en oídos de nuestro Dios... Guarden e inquieran todos los preceptos de Jehová vuestro Dios” (1 Crón. 28:1, 8).-*Los hechos de los apóstoles*, pp. 77-79 (1911).

La iglesia del Nuevo Testamento

Los mismos principios de piedad y justicia que debían guiar a los gobernantes del pueblo de Dios en el tiempo de Moisés y de David, habían de seguir también aquellos a quienes se les encomendó la vigilancia de la recién organizada iglesia de Dios en la dispensación evangélica. En la obra de poner en orden las cosas en todas las iglesias, y de consagrar hombres capaces para que actuaran como oficiales, los apóstoles mantenían las altas normas de dirección

bosquejadas en los escritos del Antiguo Testamento. Sostenían que aquel que es llamado a ocupar un puesto de gran responsabilidad en la iglesia, debe ser “sin crimen, como dispensador de Dios; no soberbio, no iracundo, no amador del vino, no heridor, no codicioso de torpes ganancias; sino hospedador, amador de lo bueno, templado, justo, santo, continente; retenedor de la fiel palabra que es conforme a la doctrina: para que también pueda exhortar con sana doctrina, y convencer a los que contradijeren” (Tito 1:7-9).-*Ibíd.*, pp. 79, 80 (1911).

La organización de la iglesia de Jerusalén debía servir de modelo para la de las iglesias que se establecieran en muchos otros puntos donde los mensajeros de la verdad trabajasen para ganar conversos al evangelio. Los que tenían la responsabilidad del gobierno general de la iglesia, no habían de enseñorearse de la heredad de Dios, sino que, como prudentes pastores, habían de “apacentar la grey de Dios... siendo dechados de la grey” (1 Ped. 5:2, 3), y los diáconos debían ser “varones de buen testimonio llenos de Espíritu Santo y de sabiduría”. Estos hombres debían colocarse unidamente de parte de la justicia y mantenerse firmes y decididos. Así tendrían unificadora influencia en la grey entera.

Más adelante en la historia de la iglesia primitiva, una vez constituidos en iglesias muchos grupos de creyentes en diversas partes del mundo, se perfeccionó aun más la organización con el fin de mantener el orden y la acción concertada. Se exhortaba a cada uno de los miembros a que desempeñase bien su cometido, empleando útilmente los talentos que se le hubiesen confiado. Algunos estaban dotados por el Espíritu Santo con dones especiales: “Primeramente apóstoles, luego profetas, lo tercero doctores; luego facultades; luego dones de sanidades, ayudas, gobernaciones, géneros de lenguas” (1 Cor. 12:28).

Pero todas estas clases de obreros tenían que trabajar concertadamente.-*Ibíd.*, pp. 76, 77 (1911).

La Iglesia Adventista del Séptimo Día

Hace casi cuarenta años que entre nosotros como pueblo se introdujo la organización. Yo fui una de las personas que tuvieron la experiencia de establecerla desde el comienzo. Conozco las dificultades que hubo que afrontar, los males que dicha organización estaba llamada a corregir, y he vigilado su influencia con respecto al crecimiento de la causa. En la primera etapa de la obra, Dios nos dio luz especial sobre este punto, y esa luz, junto con las lecciones que la experiencia nos ha enseñado, debe ser considerada cuidadosamente.

Desde el comienzo nuestra obra fue agresiva. Éramos pocos, y mayormente de la clase más pobre. Nuestras creencias eran casi desconocidas para el mundo. Para llevar adelante nuestra obra no teníamos casas de culto, salvo unas pocas publicaciones y recursos muy limitados. Las ovejas estaban esparcidas por caminos y vallados, en ciudades, en pueblos y en bosques. Los mandamientos de Dios y la fe de Jesús eran nuestro mensaje. [...]

A medida que aumentaba nuestra feligresía, resultó evidente que sin alguna forma de organización habría gran confusión y la obra no se realizaría con éxito. La organización era indispensable para proporcionar sostén al ministerio, para llevar la obra a nuevos territorios, para proteger tanto a las iglesias como al ministerio de los miembros indignos, para retener las propiedades de la iglesia, para publicar la verdad por medio de la prensa y para muchos otros objetivos.

Sin embargo, en medio de nuestro pueblo había un fuerte sentimiento en contra de ella. Los adventistas del primer día eran enemigos de la organización, y la mayoría de los adventistas del séptimo día acariciaban las mismas ideas. [Entonces] buscamos al Señor con oración fervorosa para poder entender su voluntad, y se nos dio luz por medio de su Espíritu en el sentido de que debía haber orden y disciplina cabal en la iglesia; la organización era esencial. El sistema y el orden se manifiestan en todas las obras de Dios en todo el universo. El orden es la ley del Cielo, y debe ser la ley del pueblo de Dios en la Tierra.

Tuvimos una dura lucha para establecer la organización. A pesar de que el Señor dio testimonio tras testimonio sobre este punto, la oposición era fuerte, y hubo que hacerle frente una y otra vez. Pero sabíamos que el Señor Dios de Israel estaba conduciéndonos y guiándonos por medio de su providencia. Nos empeñamos en la obra de la organización, y una señalada prosperidad caracterizó a este movimiento de avanzada. [...]

Que nadie albergue el pensamiento de que podemos prescindir de la organización. Erigir esta estructura nos ha costado mucho estudio y muchas oraciones en demanda de sabiduría, las cuales sabemos que Dios ha contestado. Ha sido edificada según su dirección, a través de mucho sacrificio y conflicto. Que ninguno de nuestros hermanos esté tan engañado como para intentar derribarla, porque así crearían una situación en la que ni siquiera sueñan. En el nombre del Señor les declaro que la organización ha de permanecer, fortalecida, establecida y fijada. A la orden de Dios –“Avancen”– hemos avanzado cuando las dificultades que debían superarse hacían que el avance pareciera imposible. Sabemos cuánto ha costado poner por obra los planes de Dios en lo pasado, los planes que han hecho de nosotros como pueblo lo que somos. Sea, pues, cada uno de

nosotros sumamente cuidadoso en no confundir las mentes con respecto a las cosas que Dios ha ordenado para nuestra prosperidad y éxito en el avance de su causa.-*General Conference Daily Bulletin*, 29 de enero de 1893; *Testimonios para los ministros*, pp. 45-50.

Los ángeles trabajan en forma armoniosa. Un orden perfecto caracteriza todos sus movimientos. Cuanto más de cerca imitemos la armonía y el orden de la hueste angelical, más éxito tendrán los esfuerzos de esos agentes celestiales en favor de nosotros. Si no vemos ninguna necesidad de acción armoniosa, y somos desordenados, indisciplinados y desorganizados en nuestra forma de obrar, los ángeles, que están cabalmente organizados y se mueven en perfecto orden, no pueden trabajar por nosotros con éxito. Se apartan apesadumbrados, porque no están autorizados para bendecir la confusión, la distracción y la desorganización. Todos los que deseen la cooperación de los mensajeros celestiales deben trabajar al unísono con ellos. Los que tienen la unción de lo alto estimularán el orden, la disciplina y la unidad de acción en todo lo que emprendan, y entonces los ángeles de Dios podrán cooperar con ellos. Pero nunca, jamás estos mensajeros celestiales respaldarán la irregularidad, la desorganización y el desorden. Todos estos males son el resultado de los esfuerzos de Satanás para debilitar nuestras fuerzas, destruir nuestro valor e impedir la acción exitosa.-*Ibíd.*, p. 50 (1868).

Les digo, hermanos míos, el Señor tiene un cuerpo organizado por medio del cual él trabaja. Puede haber más de una veintena de Judas entre ellos; puede haber un Pedro áspero, que en circunstancias difíciles niegue a su Señor. Puede haber personas representadas por Juan a quien Jesús amaba, pero que pueden tener un celo que destruiría las vidas de los hombres pidiendo fuego del Cielo sobre ellos para vengar un insulto inferido a Cristo y a la verdad. Pero el

gran Maestro trata de dar lecciones de instrucción para corregir estos males existentes. Él está haciendo hoy lo mismo con su iglesia. Está señalando sus peligros. Está presentando delante de ellos el mensaje a Laodicea.- *Manuscrito 21*, 12 de junio de 1893; *Mensajes selectos*, t. 3, pp. 19, 20.

El remanente no es Babilonia.-Dios tiene una iglesia en la Tierra que es su pueblo escogido, los que guardan sus mandamientos. Él no está conduciendo ramas extraviadas, no uno aquí y otro allá, sino un pueblo. La verdad es un poder santificador; pero la iglesia militante no es la iglesia triunfante. Hay cizaña entre el trigo. “¿Quieres que vayamos y la arranquemos?”, fue la pregunta de los siervos; pero el patrón les contestó: “No, porque al arrancar la cizaña podrían también arrancar el trigo”. La red del evangelio no prende únicamente peces buenos, sino también peces malos, y solo el Señor conoce quiénes son los suyos.

Es nuestro deber individual caminar humildemente con Dios. No debemos buscar algún mensaje nuevo y extraño. No debemos pensar que los escogidos de Dios, que están tratando de andar en la luz, constituyen Babilonia. Las caídas iglesias denominacionales son Babilonia.-*Carta 57*, 22 de marzo de 1893; *Testimonios para los ministros*, pp. 77, 78.

Jesús desea entrar para proporcionar las bendiciones más ricas a cada uno de los miembros de la iglesia, si ellos quieren abrirle la puerta. No los llama ni una sola vez Babilonia, ni les pide que salgan de ella. [...]

Quiero decir, en el temor y el amor de Dios, que sé que el Señor tiene pensamientos de amor y de misericordia para restaurar y curar a aquellos que se han apartado. Él tiene una obra que debe ser hecha por su iglesia. No debe decirse

que sus miembros son Babilonia, sino que son la sal de la tierra y la luz del mundo. Deben ser mensajeros vivientes que han de proclamar un mensaje vital en estos últimos días. [...]

Nuevamente digo: El Señor no ha hablado mediante ningún mensajero que llame Babilonia a la iglesia que guarda los mandamientos de Dios. Es verdad que hay cizaña junto con el trigo, pero Cristo dijo que enviaría a sus ángeles a reunir primero la cizaña en atados para quemarla, y a poner el trigo en el granero.-*Carta 16*, 11 de junio de 1893; *Mensajes selectos*, t. 2, pp. 81-84.

Cuidado con quienes se alzan proclamando que tienen la gran responsabilidad de denunciar a la iglesia.

Los escogidos que resisten y hacen frente a la tormenta de oposición del mundo, y enarbolan los pisoteados mandamientos de Dios para exaltarlos como santos y honorables, ciertamente son la luz del mundo. ¿Cómo puede mortal alguno emitir un juicio contra ellos y llamar a la iglesia “ramera”, “Babilonia”, “cueva de ladrones”, o “jaula de toda clase de aves inmundas y odiosas”? [...]

Suponiendo que en este tiempo todos deban oír de manera espuria el mensaje “¡Salid de ella, pueblo mío!” (Apoc. 18:4), ¿adónde iremos? ¿Dónde hallaremos la pureza, bondad y santidad que nos permita sentirnos seguros? ¿Dónde está el redil en el que no entre ningún lobo?- *Manuscrito 21*, 12 de junio de 1893.

Amenazas internas

Apartándose.-En lugar de usar las armas de guerra dentro de nuestras propias filas, sean estas utilizadas contra los enemigos de Dios y de la verdad. Háganse eco de la oración de Cristo con todo su corazón: “Padre santo, a los que me